

ÍNDICE

Mapa provincias tradicionales.....	8
Árbol genealógico de la familia Tokugawa	9
Introducción	11
Unas palabras del autor.....	15
Capítulo 1	19
Capítulo 2	31
Capítulo 3	43
Capítulo 4.....	57
Capítulo 5	73
Capítulo 6.....	83
Capítulo 7.....	91
Capítulo 8.....	101
Capítulo 9.....	105
Capítulo 10	121
Capítulo 11	127
Capítulo 12.....	135
Capítulo 13.....	145
Capítulo 14	153
Capítulo 15.....	163
Capítulo 16	171
Capítulo 17.....	179



Se podría considerar sin mucha dificultad que la vida de cada persona es como un libro abierto, como una novela. Así, de la misma manera que las novelas tienen un hilo conductor, las vidas pueden tener un argumento, un tema recurrente.

Tokugawa Yoshinobu², el decimoquinto y último *shōgun*³ de la familia Tokugawa, durante la primera mitad de su existencia encarnó como nadie los miedos y las aspiraciones de su país. Esa circunstancia singular es la que forma el motivo central de su vida.

Tokugawa Yoshinobu nació en el seno de la familia Mito⁴, que constituía una de las ramas secundarias de la familia Tokugawa, que detentaba el poder. Las otras ramas colaterales de la casa de Tokugawa eran los Kii y los Owari. De las tres, los Mito era los que recibían un estipendio menor y gozaban de menor prestigio. Mientras que los Kii y los Owari contaban cada una con un alto consejero jefe en la corte del *shōgun*, los Mito

2 En esta obra seguimos la convención japonesa de presentar a las personas por apellido más nombre.

3 将軍 *shōgun*: dictadores militares de corte feudal y hereditario que detentaron el poder en Japón desde 1185 a 1868 (con algún periodo de intermitencia).

4 Clan asociado a la antigua provincia de Hitachi (moderna prefectura de Ibaraki, al noreste de Tōkyō).

apenas habían logrado un consejero medio. Por eso, en caso de que la rama principal de los Tokugawa se quedara sin heredero, los hijos de Kii y Owari estaban en la lista de sucesión, mientras que los de Mito no.

A pesar de esto, los Mito contaban con un inesperado privilegio por encima de las otras dos familias. Todos los *daimyô*⁵ tenían la obligación por ley de mantener dos casas solariegas, una en Edo⁶, la capital administrativa, y otra en su provincia natal. Las familias y los herederos se quedaban en Edo, mientras que los señores debían residir en años alternos en su residencia de Edo y en la de provincias. Se podría decir que las familias de los señores eran rehenes del gobierno del *shōgun*, que los usaba como protección contra revueltas. No obstante, los Mito no estaban obligados a residir en Edo, solo el cabeza del clan estaba en la capital, por lo que empezó a ser conocido informalmente entre los habitantes de la capital como «*viceshōgun* del reino». Oficialmente este puesto no existía, pero el shogunato hizo la vista gorda dadivosamente y les permitió mantener este honor.

Cuando Tokugawa Yoshinobu nació en esta familia no le dieron ese nombre sino que originalmente se llamaba Shichirōmaro. Su padre, el *daimyō* del clan, se llamaba Tokugawa Nariaki.

Durante los años que duró el *bakufu*⁷ existía una familia imperial que residía en Kyōto. Estos eran los gobernantes legítimos, pero su poder era simbólico y puramente nominal. El poder real lo detentaban los *shōgun*, apoyándose en su poder militar. Naturalmente, durante los siglos hubo intentos por parte del emperador de recuperar el poder, y a los *shōgun* no les faltaban detractores que los consideraban usurpadores. De entre los detractores del *bakufu*, destacaba precisamente Tokugawa Nariaki, el padre de Yoshinobu, como defensor de la causa realista, profesando lealtad suprema al emperador. Por otro lado

5 大名 *daimyō*: señores feudales cabezas de feudo.

6 Nombre antiguo de Tōkyō.

7 幕府 *bakufu*: nombre japonés del shogunato; literalmente ‘gobierno de banderas/estandartes’, por su origen militar.

el patriarca de los Mito no veía con buenos ojos la creciente influencia extranjera y abogaba por reformas que mantuvieran a los extranjeros fuera de Japón, a la vez que se incrementaba el poder del emperador y los grandes señores feudales. Espantados ante el creciente poder de los bárbaros, que se atrevían a acercarse a los puertos japoneses con sus barcos de guerra, y temerosos de su superioridad bélica, todos los patriotas monárquicas idolatraban a Nariaki, pues lo creían capaz de mantener a raya a los bárbaros extranjeros a pesar de que la presión internacional crecía por momentos para que Japón abriera sus puertos al comercio con el exterior⁸. Semejante veneración no era otra cosa que un autoengaño producto de la desesperación.

Porque, en realidad, Tokugawa Nariaki contaba con un espíritu osado, pero sus habilidades no estaban a la altura de su espíritu. Había tenido la suerte o la astucia, eso sí, de rodearse de una camarilla de consejeros muy competentes, encabezados por el gran erudito confuciano Fujita Tōko.

Por otro lado, durante finales del siglo XVII la familia Mito había iniciado una corriente de historiografía⁹ de corte nacionalista que serviría de base ideológica para las campañas y manifestaciones ultras que sacudieron el final del shogunato al grito de: «¡Reverenciar al emperador, expulsar a los bárbaros!».

El mismo Nariaki, orgulloso de su merecido cargo de «viceshōgun» se pavoneaba en los alrededores del castillo de Edo, no es de extrañar, por tanto, de que los patriotas vieran a Tokugawa Nariaki con una pátina de heroísmo.

8 Durante el periodo del shogunato, Japón estaba cerrado y solo unos pocos privilegiados extranjeros podían poner pie en las islas, normalmente holandeses. Los japoneses tampoco podían salir fuera y, si lo hacían, no podían volver bajo pena capital.

9 El 水戸学 *mitogaku*, o escuela de Mito, se refiere a una escuela de estudios históricos y sintoístas que surgió en el dominio de Mito, en 1657, cuando Tokugawa Mitsukuni (1628-1700), *daimyō* del feudo, comisionó la compilación de la *Gran historia del Japón*.

Lástima que dentro del castillo no lo tuvieran en tan alta estima. Y es que, Nariaki era un mujeriego patológico. Había osado incluso colarse en los aposentos privados de las damas de la corte¹⁰ para intentar cazar a alguna incauta, por lo que las damas, que detentaban mucho poder —aunque a la sombra—, lo detestaban profundamente. Más adelante Nariaki pagaría caro su error, ya que su absoluta falta de apoyos dentro del harén le costaría su carrera política. Con todo, su promiscuidad le había de reportar algún beneficio: veintiún hijos, de los cuales doce llegaron a la edad adulta y seis hijas. Su numerosa prole constituyó un acicate para la fortuna familiar.

La esposa principal de Nariaki era originaria de Kyôto, de sangre real, emparentada con el príncipe¹¹ Arisugawa, el hijo adoptivo del emperador Ninkô. Cuando llegó la propuesta de matrimonio, el propio emperador dio su consentimiento de buena gana:

—Los Mito son solo un clan de sirvientes, pero han servido lealmente al país durante generaciones.

La princesa era famosa en palacio por su belleza e inteligencia y, por lo visto, la fama había llegado también a oídos de los Mito. Nariaki se había quedado prendado de ella más por su inteligencia que por su aspecto:

—La belleza se marchita, pero la inteligencia es irremplazable. Con ella tendré un buen hijo.

Nariaki ya había tenido un hijo con una de sus queridas, pero, al poco tiempo, la princesa dio a luz al que sería el primogénito del clan y heredero oficial: Tsuruchiyo (conocido más tarde como Yoshiatsu) que acabaría convirtiéndose en un hombre con la apariencia y el temperamento endebles típicos de un aristócrata de Kyôto. Nariaki, decepcionado, siempre decía que

10 Esta parte del castillo era, de hecho, el harén del *shôgun*, y no podía entrar ningún otro hombre.

11 Los príncipes y las princesas no eran necesariamente hijos del emperador; se trataba de un cargo nobiliario de alto rango.

la herencia débil y afeminada de la corte, que le había llegado por vía materna, prevalecía en su primogénito.

Además de Tsuruchiyo, Nariaki tuvo cinco hijos más casi uno detrás de otro, algunos de su esposa principal. Los nombres de los hijos indicaban su orden de nacimiento: Jirōmaro, Saburōmaro, Shirōmaro¹², y así sucesivamente. Solo el segundo hijo y el quinto eran legítimos, pero, desafortunadamente, uno murió muy pequeño y el otro poseía la misma constitución pusilánime que Tsuruchiyo. Nariaki se lamentaba de que la sangre de palacio diluyera la herencia samurái de sus hijos. Hasta que en 1837 su esposa principal dio a luz a Shichirōmaro —Séptimo Hijo—. Pasado un tiempo, cuando se vio claramente que aquel niño iba a sobrevivir, se le dio el nombre definitivo de Yoshinobu¹³. Desde su más tierna infancia, Nariaki se mantuvo ojo avizor para ver si aquel pequeño salía a la familia paterna o a la materna.

Nariaki era un hombre de variados intereses; uno de ellos era la educación. A diferencia del resto de señores feudales se ocupaba personalmente de la educación de sus hijos varones. De hecho, de pequeño él siempre había odiado que le enseñara una niñera. Hasta que un buen día le espetó a su padre:

—Un hombre debe ser educado por hombres.

Lo que propició que le asignaran dos robustos criados como instructores en lugar de su niñera.

Se suponía que los hijos de los *daimyō* tenían que residir en Edo, pero Nariaki pidió que se eximiera de esta ley a sus hijos, cosa que le fue concedida. Todos nacieron en la mansión Mito de Edo, pero, enseguida, eran llevados a la provincia natal para ser educados bajo el severo código de los samuráis. Nariaki no quería que, bajo ningún concepto, la vida lujosa y laxa de la capital estropeará a sus herederos. Así, este modo de actuar con los niños se convirtió en la norma de la familia y se siguió

12 Hijo Segundo, Hijo Tercero, Hijo Cuarto.

13 Costumbre arraigada en países con alta mortalidad infantil.

con todos. Por lo que Yoshinobu creció no como habitante de la capital, sino como un verdadero y auténtico hijo de Mito.

No tenía todavía un año cuando su padre lo envió lejos de la familia para que se criara en el solar de Mito en Hitachi. Cuando cumplió los diez años, su padre regresó a Hitachi para ver cómo había ido creciendo el mozalbete. Hasta entonces solo había podido comprobar en sus estancias intermitentes en el castillo de Mito que Yoshinobu, para orgullo y alivio de su padre, parecía haber salido a él.

—Puedo asegurar sin temor a equivocarme —había dicho al Consejo Mayor¹⁴ de la corte—, que mi hijo será diferente del resto. Se acabaron los príncipes de Kyôto.

En su fuero interno, Nariaki deseaba que su hijo se convirtiera en una reencarnación de Tokugawa Ieyasu, el glorioso fundador de la dinastía que estableció el shogunato en el siglo xvii. Para ello se aseguró de que todos lo trataran con máxima disciplina, desde los profesores particulares hasta la última criada. Todos los guerreros del clan Mito compartían las mismas expectativas que el cabeza de clan, aunque Nariaki creía que el hijo de un *daimyô* debía ser mucho más fuerte que un samurái ordinario, por lo que sus hijos recibieron un entrenamiento estricto acorde con esta idea. Puesto que en Yoshinobu había depositado sus más altas esperanzas, este fue, naturalmente, el que recibió un entrenamiento más estricto.

Para hacerse una idea de los rigores de la educación de Yoshinobu, baste con mencionar que Nariaki defendía que un samurái tiene que yacer perfectamente recto cuando duerme. Así que de noche, entraba en la habitación de Yoshinobu para controlar lo correcto de su postura. Como nunca hallaba al mozo durmiendo recto ordenó a uno de los criados disponer espadas en punta a cada lado de su almohada de madera.

Además, el tutor de Yoshinobu, Inoue Kanzaburô, lo obligaba a dormir con el brazo derecho debajo del cuerpo con la creencia de que, si lo sorprendían durmiendo y le cortaban un

14 También conocido como «Consejo de Ancianos».

brazo, todavía sería capaz de defenderse con el brazo bueno. Tanto insistió el tutor que Yoshinobu siguió durmiendo con el brazo derecho debajo para el resto de sus días.

Yoshinobu nunca cuestionó la utilidad de semejante entrenamiento, ni siquiera cuando comparaba su educación con la del resto de chicos samuráis. Claramente su educación era mucho más espartana: sus ropas y sus sábanas eran de lino o algodón bastos; se levantaba con el canto del gallo y tras las preceptivas abluciones, leía en voz alta una sección de los libros clásicos del confucianismo bajo la atenta supervisión de un asistente. Después desayunaba frugalmente y, a continuación, practicaba caligrafía a pincel hasta las diez. Seguidamente, se encaminaba a la escuela con otros mozos y allí permanecía hasta el mediodía. Después de comer, podía jugar un poco, pero, básicamente, el resto de la tarde la pasaba practicando artes marciales. Cuando empezaba a caer el sol cenaba, y después, terminaba de leer los pasajes que no había completado por la mañana. Finalmente, se iba a dormir. Esa era su rutina diaria inamovible e inquebrantable.

A pesar de no cuestionar semejante disciplina, Yoshinobu no era de naturaleza dócil. Su padre tuvo que obligarlo a someterse a la disciplina de su educación. Por ejemplo, al chico le encantaban las artes marciales, pero detestaba las lecturas. De nada servían las amonestaciones de su profesor: «Si no lees, tendré que castigarte». Finalmente, le hizo extender el dedo índice y le quemó la piel superficial con un cilindro de moxa¹⁵. El dolor era inaguantable pero el chico ni se inmutó. De nada sirvió que lo castigaran varias veces del mismo modo, hasta que tuvo todos los dedos rojos e inflamados: «Cualquier cosa es mejor que leer clásicos chinos».

Desesperado, el profesor optó por informar al padre que encerró al chico sin comer ni beber hasta que este, como era

15 Usados en moxibustión, disciplina curativa oriental que usa una especie de cigarros de hierbas para calentar regiones y puntos de acupuntura con la intención de estimular el organismo.

de esperar, claudicó. Empero, su actitud hacia los estudios solo mejoró ligeramente, y accedió a retomar los clásicos solo por miedo a los castigos.

Hasta pasados los veinte años Yoshinobu siguió sin tomarse en serio el estudio. La situación la resumió muy bien Kawaji Toshiakira, uno de los ministros más importantes del *bakufu*:

—Con siete partes de espada y tres de libro no se puede ser un verdadero hijo de Mito.

Durante su infancia, Yoshinobu no consiguió una educación esmerada que lo alejara de ser un poco tarugo. Pero además, tampoco era especialmente agraciado. Gorômaro, el quinto hijo, por otro lado, era un niño tranquilo que disfrutaba ayudando a las doncellas a poner las muñecas votivas para el Festival de las Niñas¹⁶. Un día, Yoshinobu irrumpió en la habitación donde su hermano estaba jugando:

—¡Eso que haces está muy mal!

Y gritando esto, agarró las muñecas de cerámica del soporte en forma de grada en el que se encontraban, y las arrojó al suelo haciéndolas añicos. Las doncellas, por supuesto, no quedaron nada impresionadas y se limitaron a susurrar que el Séptimo Hijo era un mocoso insoportable.

El fuerte carácter de Yoshinobu también se ponía de manifiesto en sus vigorosos trazos de pincel; de todos es sabido que la escritura refleja el carácter de una persona, así que basándose en esto Nariaki estaba convencido de que su vástago llegaría lejos. Quién sabe si por aquel entonces ya albergaba secretas esperanzas de hacerlo un día *shōgun*.

Tiempo después, la rama colateral de los Tokugawa de Kii solicitó adoptar a un hijo de los Mito como heredero, lo cual suponía una oportunidad de oro para casar a uno de los hijos dentro del poderoso clan de los Kii, dominante de entre las tres ramas secundarias de los Tokugawa. Cuando Fujita Tōko presentó el asunto al cabeza del clan, este profirió rápidamente:

16 雛祭り *Hinamatsuri*: tres de marzo.

—Que se queden con Gorōmaro. Ya sabemos que le encanta jugar con muñecas, ¿acaso podemos esperar algo bueno de él? Es perfecto para enviarlo a otra familia y que sea su heredero.

Lo cierto es que Nariaki pretendía reservarse a Yoshinobu por si algún día le pasaba algo a Tsuruchiyo, su primogénito heredero. Con todo, el plan de la adopción no acabó de salir como se esperaba, y el hermano de Yoshinobu acabó con los Ikeda de Tottori, y se convirtió, con el tiempo en Ikeda Yoshinori, señor de Tottori.

Otro destino aguardaba a Yoshinobu, y es que, en el verano de 1847, cuando contaba con diez años de edad, Abe Masahiro, jefe del Consejo Mayor, hizo llamar a un administrador de la casa Mito y le dijo de manera confidencial que sabía de buena tinta que el *shōgun* quería que Yoshinobu se fuera al clan Hitotsubashi. La información, confidencial o no, venía nada menos que de Tokugawa Ieyoshi, el décimo *shōgun*.

Abe Masahiro era un hombre de aguzada inteligencia. No en vano se le consideraba el más brillante del gobierno del *bakufu*. Podía entender y hasta simpatizar con la postura del peligroso Tokugawa Nariaki de Mito, odiado entre las familias shogunales por su fanática insistencia en devolver el poder a las manos del emperador. De hecho, Abe planeaba poder forjar una alianza en secreto con los Mito para poder así solucionar el problema de la defensa marítima de Japón.

Los «barcos negros» del comandante Matthew Perry, de EE.UU., todavía tardarían bastantes años en hacer su entrada en aguas japonesas. Aun así, los barcos occidentales no paraban de aparecer de vez en cuando, lo que mantenía a las autoridades en la cuerda floja. Abe contaba con la astucia y la popularidad de Nariaki que podría ser un «antishōgun», pero sobre todo era un xenófobo que quería mantener a toda costa a los extranjeros fuera de Japón. Evidentemente, no podía expresar esto en público; la radical postura de Nariaki ya había hecho que las autoridades lo colocaran bajo arresto domiciliario en Edo. Sin embargo, el avisado Abe confiaba en que de todo lo malo se puede sacar algo bueno, por lo que se esforzó por ganarse el favor de Nariaki para luego usarlo en su propio beneficio cuando llegara la ocasión.

La oferta de matrimonio no era otra cosa que parte de su estrategia, y estaba seguro de que resultaría del todo apetecible para Nariaki, por lo que cuando el administrador de Mito le dio la respuesta oficial, Abe se quedó del todo descolocado:

—Que los Hitotsubashi se lleven a otro de los hijos del señor.

—Volved a casa y consultadlo con vuestro señor, tamaña decisión no la podéis tomar vos.

El administrador se dirigió al barrio de Koishikawa, donde residía su amo, e informó a este de las intenciones del *shōgun*. Tras oír, Nariaki aceptó la propuesta sin pestañear. Abe Masahiro no se había equivocado con él.

El *shōgun* actual, Ieyoshi, no gozaba de buena salud y su heredero, Iesada, era débil y enfermizo de nacimiento. Tan frágil era su estado, que impedía por completo que estuviera con mujeres. Moriría joven y sin descendencia; y el cetro de los Tokugawa lo empuñaría un hijo adoptivo. Pero los candidatos solo podían ser hijos del mismo clan, de las ramas secundarias de Kii y Owari, o de las familias menores de Hitotsubashi, Shimizu y Tayasu. Era una oportunidad, y muy buena.

Los Owari se habían quedado sin heredero y ya habían adoptado a uno de otra línea; el joven señor Narimasa de los Kii había muerto hacía menos de un año dejando solo un hijo póstumo de nombre Kikuchiyo. Ninguna de las dos familias tenía más hijos para ceder al *shōgun*.

En las otras familias menores la situación era parecida; Yoshinori, de los Tayasu, había alcanzado hacía poco la mayoría de edad y no tenía hijos. Los Shimizu tampoco tenían a ningún hombre de rango vivo ya que el primogénito se había tenido que marchar a suplir el hueco de los Kii. Solo quedaba una familia con posibilidades: los Hitotsubashi. El clan no se había librado de la tragedia tampoco, llevaba varias generaciones adoptando herederos pero, extrañamente, todos fallecían jóvenes. El heredero del momento, Masamaru —originalmente del clan Owari—, había contraído una enfermedad y estaba en su lecho de muerte.

Si la familia del *shōgun* se quedara sin heredero, no podrían acudir a nadie más que a los Hitotsubashi; Yoshinobu se iría con

ellos. En la cabeza del jefe de Mito se desplegó un complejo tablero de ajedrez donde, jugada tras jugada, todo apuntaba a una sola cosa: Yoshinobu podría llegar a ser *shōgun*.

En los 250 años de *bakufu* no había ocurrido nunca nada semejante. Si finalmente su hijo se hacía con el shogunato, Nariaki alcanzaría cotas de poder nunca vistas dentro del castillo de Edo. Podría ponerse a la cabeza del gabinete shogunal y acallar de una vez por todas a la jerarquía de palacio; damas y demás que movían los hilos desde los aposentos interiores. Quién podría poner en duda su ambición... Hasta entonces todos los miembros del gabinete shogunal lo habían menospreciado porque no entendían que su ambición nacía de un profundo amor por la patria. Una patria que ahora estaba en peligro de caer bajo el yugo de la dominación extranjera. Para evitarlo tenía que hacerse con las riendas del poder como fuera.

La inesperada ayuda de Abe Masahiro le venía como caída del cielo a Nariaki que realmente no entendía por qué razón el noble se la tendía, ya que, en realidad casi no conocía al brillante líder de los Altos Consejeros, un noble de Fukuyama de apenas 29 años.

Abe Masahiro, por su parte, al recibir el visto bueno de Yoshinobu por medio de su Mayordomo Mayor, no pudo menos que enorgullecerse de su afinado olfato político a pesar de no conocer al joven Yoshinobu. Le había bastado con los rumores que corrían acerca de las altas expectativas que tenía su padre depositadas en él. Habían sido estas expectativas en última instancia las que habían originado los rumores, y estos acabarían aupando a Yoshinobu, el séptimo hijo, a un destino que nunca habrían podido imaginar.